

GACEVILLA

LOCAL

MONTAÑA DE RIAÑO

Nº 90 MARZO 2026

CORONANEGRA: EL TRAIL SOLIDARIO QUE HARÁ LATIR DE NUEVO EL CORAZÓN DE PORTILLA DE LA REINA

La prueba, que se celebrará el 30 de mayo de 2026, cuenta con el compromiso de la empresa Reforest para plantar un árbol por cada kilómetro recorrido por los participantes.

Helena Gordaliza

PORTILLA DE LA REINA— El calendario deportivo de la comarca incorpora una cita de especial relevancia para esta primavera. El **30 de mayo de 2026** se celebrará el **Trail Corona Negra**, un evento que nace con el objetivo de dar visibilidad a la situación de los montes de Portilla de la Reina tras el incendio forestal del pasado verano, que arrasó con casi la totalidad de sus terrenos. Los beneficios obtenidos se destinarán a proyectos locales de rehabilitación.

Un árbol por cada kilómetro

La iniciativa destaca por su colaboración con la empresa **Reforest**, que ha vinculado el esfuerzo de los participantes directamente con la recuperación del entorno. Por cada kilómetro que complete cada corredor o senderista, la entidad plantará un árbol en la zona afectada, convirtiendo la jornada en una acción de reforestación masiva.

Cuatro formas de colaborar

Las inscripciones ya están disponibles en la plataforma **Runvasport.es**,

ofreciendo opciones para todos los perfiles:

- **Trail 21K:** Para corredores de montaña experimentados.
- **Speed Trail 9K:** Una modalidad de carrera corta y rápida.
- **Andarines 9K:** Marcha para senderistas y familias.
- **Dorsal Cero:** Para quienes deseen realizar una aportación económica solidaria sin participar en las pruebas físicas.

Convivencia y comunidad

Para completar la jornada, la organización ha programado una **comida popular** abierta a participantes y asistentes, buscando fomentar un espacio de encuentro y apoyo a la localidad.

Todos los detalles técnicos y el proceso de registro pueden consultarse ya en el portal oficial de **Runvasport** y en Instagram y Facebook en **@coronanegratrail**.



LA TRADICIÓN DE LOS RAMOS LEONESES

David Fernández Villarroel

El ya viejo año 2025 se despidió literariamente en León con la presentación del nuevo libro de Joaquín Serrano, colaborador de esta Revista Comarcal.

Editado por Lobo Sapiens, un sello también leonés, el libro en cuestión lleva por título *142 Ramos leoneses de Navidad y otras festividades*, una selección de los 285 que, tal como se hace constar en el subtítulo, escribió a mano, entre 1811 y 1856, Antonino García Álvarez, un sacerdote de la ribera del Órbigo. Sobre este sacerdote, nacido en Antoñán del Valle en 1783 y que ejerció su ministerio en los pueblos de Quintanilla del Valle y Vega del Valle, los dos en la ribera del Órbigo, hizo el profesor Joaquín Serrano su trabajo de doctorado, plasmado en el libro *El manuscrito de Antonino García Álvarez (1783-1858), poeta de la Ribera del Órbigo*, publicado en 2006 por la Universidad de León.

El ramo es un poema tradicional que se recitaba o se cantaba como acompañamiento de la entrega de una ofrenda a la iglesia parroquial. Los cantores solían ser mozas, niñas o pastores, y la ofrenda consistía por lo común en velas de cera, que a veces iban acompañadas de alguna otra cosa, como manzanas y roscas.

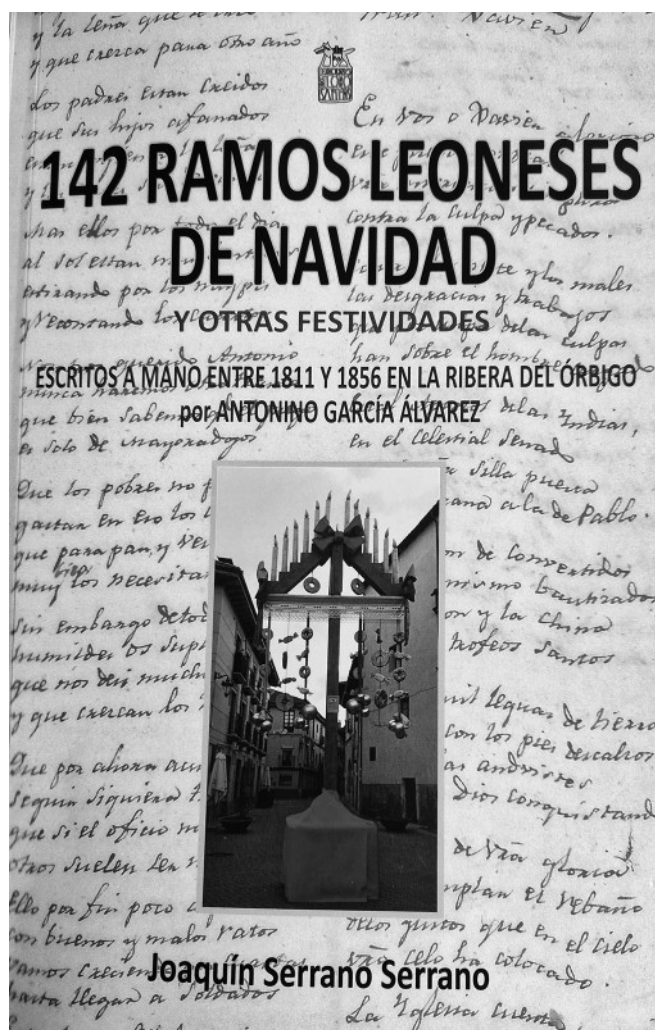
Las fechas en que se presentaban y cantaban los ramos coincidían con las festividades que se celebraban a lo largo del año, y contribuían de ese modo a darles más realce público: Nochebuena y Navidad, que son las más repetidas, las distintas advocaciones con que se venera a la Virgen, san Antonio, san José, san Blas....

Los ramos seguían unos modelos formales y de contenido establecidos ya en siglos anteriores, pero introducían acontecimientos locales y de actualidad. En los que el cura Antonino García escribió para sus parroquianos, y que recogen por eso mismo el sentir del vecindario, se reflejan situaciones y problemas que atañen a la comuni-

dad, como las tormentas, las sequías, las enfermedades o la vida de los pastores y sus rebaños, pero se alude también, por ejemplo, a algunos de los hechos históricos del momento, la segunda mitad del siglo XIX, o del pasado reciente, como la guerra carlista, la desamortización eclesiástica de 1836, las epidemias de cólera...

Los 142 ramos del cura y poeta Antonino García, destinados en su día a 25 pueblos de la ribera del Órbigo y otras comarcas aledañas, van precedidos de una extensa y completa introducción, en la que Joaquín Serrano da cumplida información, con su acostumbrado rigor y buen hacer, sobre el manuscrito que se conserva y la vida del autor, la temática de los ramos, la lengua y los recursos literarios, la tradición y la literatura actual sobre la Navidad y los ramos leoneses, junto con una exhaustiva bibliografía en la que encontrará el lector interesado todo lo que se ha escrito sobre el tema.

Los ramos, que forman parte, así pues, de una larga tradición literaria y litúrgica, perviven aún en la memoria colectiva de muchos pueblos, incluyendo algunos de nuestra Montaña: Antonio Valbuena, el renombrado escritor de Pedrosa del Rey, hace mención a ellos en su libro *Caza mayor y menor. Vivencias y recuerdos de la Montaña Leonesa* (León, Instituto



Portada del libro,

Leonés de Cultura, 2023); Marcelino Díez Martínez constata la costumbre del ramo de Navidad en Prioro en su obra *Música y devoción en la comarca del Alto Cea* (Salamanca, Imp. Kadmos, 2014); José Santos de la Iglesia Ugarte atestigua su existencia en tierras de Valdeón (*Valdeón, un fragor de vida en los Picos de Europa*, Junta Vecinal del Real Concejo de Valdeón, 2006); y F. Javier Fuente Fernández se ha ocupado de su implantación en diversos pueblos de la montaña oriental (*El "Ramo de Navidad" en la montaña de Riaño*, Tierras de León, XXVII, 1987) y ha recogido las versiones que se cantaban en Besande (Diario de León, 28/12/1986) y Siero de la Reina (Revista de Folklore, n.º 61, 1986).

LA PANDERETA VUELVE A SER PROTAGONISTA EN RIAÑO

Enrique Martínez Pérez

El pasado 7 de febrero la pandereta volvió a ser protagonista en Riaño como símbolo de la recuperación de la

tradición musical con el curso de pandereta que imparte en Riaño Xana Prieto Barreal.

En una tarde de nieve y temperaturas bajo cero, la biblioteca del Ayuntamiento de Riaño se convirtió en un cálido refugio de tradición y memoria. Mientras en el exterior el invierno mostraba su peor cara, en el interior una docena de alumnos daban sus primeros pasos golpeando la pandereta, el instrumento por excelencia de la música tradicional leonesa. Al frente del grupo, una figura clave en este proceso de recuperación cultural:

Xana Prieto Barreal.

El curso de pandereta comenzó el 25 de octubre pasado y se prolongará hasta el mes de junio, con una frecuencia de dos sesiones mensuales de dos horas de duración y se imparte entre las 16:30 y las 18:30 de la tarde.

La iniciativa nació de un taller de pandereta impartido por el grupo Ruxideira el 25 de enero de 2025 al que acudieron cerca de medio centenar de personas. Está organizado por la concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Riaño, cuya titular es Camino Gutiérrez, con la colaboración de la Asociación Cultural de Carande, la Asociación de Mujeres Santa Águeda y el CEAS de Riaño; está financiado por el Pacto de Estado contra la Violencia de Género y el Ayuntamiento de Riaño.

Representa mucho más que una actividad de entretenimiento: es una apuesta seria por reactivar la música tradicional de la comarca y devolver protagonismo a un repertorio que forma parte de la identidad colectiva de la montaña de Riaño.

Xana Prieto, mujer polifacética en el maravilloso mundo de las siete notas, se desplaza desde León capital para impartir estas clases, un gran esfuerzo que cobra especial relevancia en jornadas como la del 7 de febrero, cuando las condiciones meteoroló-



gicas comprometían notablemente el viaje. Pero su compromiso con la difusión y enseñanza de la música tradicional leonesa va más allá de los escenarios. El pasado 31 de enero actuó como corista en el Auditorio Ciudad de León en la zarzuela Las de Caín, basada en la comedia de los hermanos Álvarez Quintero, con música de Pablo Sorozábal. Solo un día después, el 1 de febrero, participó en un concierto en el Museo de la Siderurgia y la Minería de Castilla y León, en Sabero, junto al grupo leonés Son del Cordel, del que forma parte desde hace años.

Además, impulsa su propio grupo de pandereta, Ruxideira, con el que difunde el patrimonio musical leonés allí donde es requerida con sus dos compañeras Beatriz y Cristina.

En Riaño, su labor adquiere una dimensión especialmente significati-

va. No se trata únicamente de enseñar la técnica de la pandereta o el repertorio leonés de Música Tradicional, sino de sembrar conciencia cultural e imprimir en sus alumnos interés por su identidad. Cada golpe en el cuero de la pandereta, cada sonido que le arrancan a las sonajas, cada canción recuperada, contribuye a mantener viva una tradición que durante generaciones acompañó celebraciones importantes, como bodas y encuentros sociales.

El curso culminará en junio con una actuación final en el Salón de Actos municipal, con presencia de público, donde el aprendizaje recibido de Xana se transformará en celebración compartida con amigos y familiares y en la mejor prueba de que la tradición musical sigue viva en la Montaña Leonesa.



LA BANDA DE MÚSICA DE CISTIerna EN EL CONCIERTO DE AÑO NUEVO EN RIAÑO

Enrique Martínez Pérez

Riaño dio la bienvenida al nuevo año de la mejor manera posible: con buena música y gran emoción gracias al Concierto de Año Nuevo ofrecido por la Banda de Música de Cistierna. La cita, celebrada a las 19:30 horas en la iglesia parroquial de Santa Águeda, congregó a un público expectante que llenó por completo el templo, confirmando la importancia cultural de esta formación en toda la Montaña Oriental Leonesa.

El concierto, con entrada libre hasta completar aforo, fue un éxito rotundo desde el primer compás. La banda abrió su actuación con *El tamborilero*, con los músicos tocados con gorros de Noël, dando un cálido aire navideño a la orquesta. *El Tamborilero*, pieza que popularizó el cantante Rafael, es clásica en estas fechas, y sirvió como carta de presentación y prelude de un programa variado, generoso, seleccionado para esta ocasión. Desde el inicio, los músicos demostraron solvencia, técnica musical y una notable capacidad para conectar con el público.

No faltaron otros villancicos, siempre bien recibidos en estas fechas navideñas, ni obras de mayor envergadura y exigencia musical como *El cazador* (*Auf der Jagd*), que permitió lucirse a la banda en pasajes de fuerza y dinamismo. Uno de los momentos más celebrados de la tarde llegó con una simpática y animada versión, a ritmo de mambo, del conocido *We Wish You a Merry Christmas*, que arrancó sonrisas y prolongados aplausos entre los asistentes. Especialmente emotiva resultó la interpretación del Himno de la Montaña, donde instrumentos dulces como flautas y clarinetes tuvieron un protagonismo especial, mezclados con los sonidos roncros de trombones, ciscornios o tubas. Serio y solemne sonó el pasodoble Diego Pérez, del compositor español David Rivas. La orquesta estuvo magistralmente dirigida por Enrique Fernández Conde, director actual de la Banda.



La Banda de Música de Cistierna durante su actuación en Riaño. Foto, Camino Gutiérrez.

“El concierto fue espectacular como siempre, la verdad. Ya el año pasado fue como una toma de contacto, pero este año fue muy bien en todos los sentidos, con la iglesia abarrotada de público”, señala Alberto, presidente de la Banda y de la Escuela de Música de Cistierna hasta noviembre del año pasado, y que toca el saxofón en la banda.

El público, llegado de distintos pueblos de la comarca, respondió con entusiasmo a cada una de las interpretaciones, premiando el esfuerzo y la calidad de una banda que, además de ser la única de la Montaña Oriental, se ha convertido en un auténtico referente cultural y social del territorio.

Los primeros pasos de la Banda de Música de Cistierna se remontan al año 2001 cuando se crea la Agrupación Musical de Cistierna (AMUC), asociación que estaba formada por todos los componentes de la Escuela

de Música, y que nació con la idea de fomentar el interés musical, el aprendizaje en el lenguaje musical y formar una Banda de Música perdurable en el tiempo. La Banda ofreció su primer concierto coincidiendo con las fiestas patronales de Cistierna en el año 2002. Desde entonces, han sido cientos de conciertos por toda la geografía leonesa y española, siendo el último el celebrado ayer en Riaño, siempre con gran éxito de público y crítica.

El Concierto de Año Nuevo fue organizado por la Asociación Cultural de Carande y patrocinado por el Ayuntamiento de Riaño a través de la Concejalía de Cultura, cuya titular es Camino Gutiérrez, y por la empresa turística Riaño en Barco. Contó también con la colaboración de otras entidades locales como las Juntas Vecinales de Carande, Horcadas y Riaño. Una iniciativa que pone de manifiesto el compromiso de estas entidades me-

→

nores con la cultura y con la dinamización social del municipio, especialmente en fechas tan señaladas.

La Banda de Música de Cistierna cerró el concierto con un clásico de los conciertos de Año Nuevo, puesto de moda por la Orquesta Sinfónica

de Viena, que finaliza sus conciertos de Año Nuevo en la Sala Dorada Musikverein de Viena con esta pieza: la Marcha Radetzky. La obra del gran compositor austriaco Johann Strauss, fue magistralmente interpretada por la banda y muy aplaudida por el público

que interactuó con la orquesta. El concierto celebrado en Riaño dejó claro que la música de calidad y en directo sigue siendo un punto de encuentro imprescindible para los vecinos de la comarca y un magnífico modo de comenzar el año en la Montaña.

RIAÑO CELEBRÓ EL ANTRUIDO 2026

Enrique Martínez Pérez

Riaño volvió a vestirse de rito, máscara y fuego el pasado 14 de febrero para celebrar el Antruido, la ancestral tradición recuperada que cada año gana fuerza en la antesala del Martes de Carnaval. Con cero grados de temperatura y la nieve cubriendo los alrededores, los vecinos y visitantes disfrutaron de una jornada marcada por la teatralidad, la música y el simbolismo ancestral.

El Antruido, tal y como hoy se celebra, fue rescatado del olvido gracias al empeño de Antonio González Matorra y Pedro Luis González Manuel, siguiendo el relato de Costancio Rodríguez, natural del desaparecido pueblo de Pedrosa del Rey. A partir de aquella memoria oral, la celebración ha ido tomando forma hasta convertirse en una cita imprescindible del calendario festivo no solo de la Montaña Oriental Leonesa sino de toda la provincia, al haber sido declarado Fiesta de Interés Turístico Provincial.

La jornada comenzó mucho antes del desfile principal. A mediodía arrancó la Candanga, un animado recorrido por los bares del pueblo que sirvió para templar el ambiente y reforzar la convivencia. Como ya es costumbre, tampoco faltó la nota gastronómica con el cocido de arvejos, una leguminosa similar al guisante que se cultiva exclusivamente en la comarca de Riaño y que constituye uno de sus productos más singulares.

Ya por la tarde tuvo lugar uno de los momentos más esperados: el vestido de los Zamarrones y del resto de personajes que integran la Mojigan-



ga, que tuvo lugar en los locales del ayuntamiento. El Zamarrón, auténtico protagonista del Antruido, encarna el espíritu ancestral de la fiesta. Ataviado con pieles, cencerros a la cintura y turullos, su presencia impresiona y fascina a partes iguales.

Desde la Plaza del Ayuntamiento partió la Mojiganga, precedida por música tradicional leonesa. Un trío integrado por gaita de Fole, tambor y bombo al que se unieron Adri, con su dulzaina, y su hermano Leo, un niño de ocho años, pero que ya es un consumado tamborilero, además de dominar y estudiar otros instrumentos. Abrían el desfile las damas del Antruido, portando antorchas que añadían un aire ritual al recorrido por la calle principal.

Tras ellas avanzaban los Zamarrones y el resto de figuras que conforman esta escenografía popular: el Oso, el Toro y el Torero, la Vieja, el Caballo o la Preñada. Un conjunto de personajes que, entre lo grotesco y lo simbólico, dibujan una estampa casi surrealista y que arrancaron sonrisas y aplausos del público congregado.

El destino final fue la Chozza, una gran hoguera levantada para quemar los malos espíritus. A su alrededor, los Zamarrones danzaron haciendo sonar con fuerza los cencerros y los turullos —cuernos de vaca que imitan el sonido del animal— en un ritual que combina purificación y celebración colectiva.

La jornada concluyó con chocolate caliente y frixuelos servidos en la estación de autobuses, un espacio que resultó idóneo para poner el broche de convivencia.

El Antruido de Riaño está organizado por la Asociación Cultural Vadinia, con la colaboración inestimable de la Asociación de Mujeres Santa Águeda que volvió a volcarse en la organización. Por parte del Ayuntamiento asistieron el teniente de alcalde, José Antonio Cid, que portaba el estandarte, y la concejala de Cultura y Asuntos Sociales, Camino Gutiérrez.

El Antruido de Riaño tuvo continuidad en León, el 17 de febrero, Martes de Carnaval. Desfilaron en segundo lugar en Los Antruejos ante miles de personas. La comitiva salió del Palacio de Exposiciones y Congresos a las siete de la tarde para terminar en la



Prendiendo fuego a la choza.



Los zamarrones rinden culto a la Chozza.



Los zamarrones desfilan ante Guzmán el bueno, en León.

plaza de San Marcelo sobre las ocho y media. Como en años anteriores, cosecharon un éxito arrollador, sobre todo, ante los niños y los miles de personas que abarrotaban el recorrido, con un tiempo muy aceptable para el invierno.

Lo que, sin duda, contribuyó al gran éxito del desfile.

El Antruido de Riaño 2026 cerró así una nueva edición, consolidándose como un referente etnográfico y festivo en toda la provincia de León.

LA HISTORIA DE UN PUENTE DIGNO

José Antonio Álvarez Escanciano

La reivindicación del pueblo de Remolina por un puente nuevo no es de ahora. Ya hace bastante tiempo que los vecinos reclaman la construcción de un puente como acceso digno al pueblo.

Tristemente también nosotros vivimos la destrucción traumática de un valle lleno de bonitos pueblos, resignándonos con lo irremediable después de haber luchado inútilmente contra la construcción del pantano de Riaño (embalse “la Remolina”).

La empresa adjudicataria (Coviles y Dumez) se adueñó de todo aquello que le venía bien para el inicio de la obra, es de suponer que con la aquiescencia de las autoridades; sin embargo, tomaron el puente de Remolina como propio, cuando era de titularidad privada; cambiaron el camino de acceso al pueblo en su propio beneficio; sufrimos a diario las explosiones de la cantera que cortaban el camino; extrajeron la piedra para el embalse de la cantera de Remonda; llenaron el valle de polvo; el río de lodo... Decían que todo estaba expropiado y pagado basado en autoridad de cosa juzgada por un fin superior. ¡Bueno, prefiero dejarlo ahí!

Ahora bien, y creo no equivocarme, no hay mejor manera para reivindicar algo que traer a la memoria la historia para saber de qué se habla.

En el invierno de 1938 cayeron copiosas nevadas y el deshielo ocasionó que subiese el caudal de los ríos arrastrando las corrientes los puentes, lo que hizo necesaria su urgente reconstrucción.

La administración siempre hizo caso omiso de las reiteradas reclamaciones de la Junta Vecinal para la construcción de un puente (se pasaba por un vado del río Esla), teniendo que utilizar mancomunadamente el de Las Salas. Las discrepancias entre ambos



Puente actual de Remolina.

pueblos por la ubicación del nuevo puente generaron una situación muy peculiar, no permitiendo algunos vecinos de Las Salas el paso a los de Remolina. Ante esta disyuntiva solamente quedaban dos alternativas: subir al puente de Huelde o bajar por el viejo camino de Remanganes a cruzar por el puente de Argovejo.

Rogelio que tenía una serrería con un salto de agua en el río Esla, a mitad camino de las tierras de San Roque y del pueblo de Huelde, era conocedor de la problemática surgida entre las pedanías, ya que estaba casado en Las Salas. Este señor proporcionaba electricidad a algunos pueblos (decía no tener suficiente potencial de salto para suministrar fluido eléctrico a Remolina) cedió altruistamente a los vecinos el uso del llamado “zepelín”¹, acortando el camino hasta Remolina.

La situación entre ambos pueblos era insostenible, convocando el alcalde pedáneo don Pablo Alonso Rodríguez un concejo para la construcción de un puente. Las acaloradas discusio-

nes y la negativa de algunos vecinos hicieron peligrar el proyecto, pero las razones expuestas por el pedáneo y las repetidas ofensas sufridas por algunos vecinos de Remolina al intentar cruzar el río Esla por el puente de Las Salas, dieron validez a la propuesta que desde aquel momento fue una realidad, aunque a medias.

Así fue como en la primavera de 1940 se construyó un puente colgante sobre el pozo de “las Conja”, a imitación de otros de similares características en el cauce del río Esla. La dirección técnica fue elaborada por Teófilo Díez Rodríguez (vecino de Cistierna) a petición de doña Rosalía Vega, impulsora entusiasta de la idea. La mano de obra corrió a cargo de los vecinos del pueblo.

Seis cables formaban el esqueleto de los cuales uno tenía un cajón metálico lleno de piedras que hacían de contrapeso y cuatro poleas. El piso era de tablones de roble y las barandillas de chopo, todo preparado en la serrería de Rogelio.

1.- Mecanismo de poleas por encima del río Esla por el que pasaban personas y materiales, principalmente piezas de madera, a la serrería de Rogelio desde la carretera hasta el otro lado del río.

Se inauguró en el mes de julio con la bendición de don Constantino, párroco del pueblo. El vino corrió a cargo del cura y Posidio, que tenía un estanco en Riaño, tuvo la gentileza de regalar cigarrillos (estaba racionado el tabaco) a todos los asistentes a la ceremonia de inauguración.

Aunque el puente colgante no fue la panacea para solventar los problemas con el pueblo vecino, pues no pasaban los carros, los animales (algún temerario borrico pasó con reparo), sirvió para limar, aunque solamente en parte, las asperezas existentes entre ambas pedanías.

El problema del puente no se resolvió definitivamente hasta 1955. La Junta Vecinal encabezada por el alcalde pedáneo don Pablo Álvarez Álvarez, cansada del silencio de las autoridades provinciales a las reiteradas peticiones para la construcción de un nuevo puente, convocó un concejo donde se presentó un proyecto (no aceptado por todos) que no ocasionaba menoscabo a los exiguos recursos familiares.

El actual puente lo hicieron “los Tordos” de Riaño y fue financiado por Elías “el Madreñero” con la tala de las mejores hayas de los montes de Bocalahoz y del Chaguazo. Algunos vecinos con estos trabajos obtuvieron un jornal que aliviaron la maltrecha economía familiar.

Sin embargo, pendía sobre estos pueblos la espada de Damocles desde principios del siglo XX, con la elaboración del Plan General de riegos y pantanos de 1902. Así fue como empezaron a circular rumores en 1960, incluso antes, pero ya en 1965 los murmullos se convirtieron en una aciaga realidad: la dictadura franquista había decidido realizar el denominado inicialmente embalse “la Remolina”, posteriormente conocido como pantano de Riaño.

El proyecto fue avanzando muy lentamente durante la década de 1970, ya que se produjeron altercados y movilizaciones. Tras la llegada del sistema constitucional en 1978, el proyecto quedó paralizado. Gobernando los socialistas en 1982, se retomó el plan y se aceleraron las obras. Después de muchas protestas, los habitantes del valle de Riaño fueron expulsados de



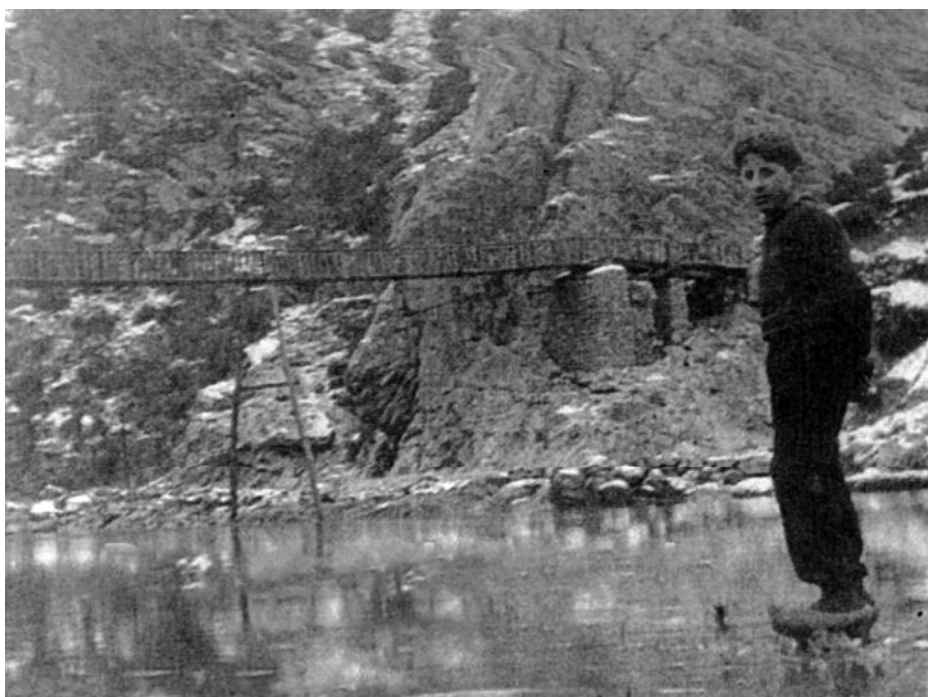
Puente antiguo de Las Salas a Remolina.

sus pueblos y expropiados a la fuerza. El embalse se cerró el 31 de diciembre de 1987, sólo un día antes de que entrara en vigor la directiva europea que hubiese convertido en inviable el proyecto por causas medioambientales, directiva para la protección de valles y pueblos de alta montaña de la Comunidad Europea ¡Qué casualidad!

Realizado un sucinto relato histórico es indudable que el fin primordial de la construcción del puente fue su urgente necesidad, pero también, y no se puede obviar, evitar malos entendidos entre los pueblos vecinos. La obra

supuso un alivio para todos, especialmente para los vecinos de Remolina que podían cruzar el río Esla con vacas y carros, animales de carga, vehículos a motor y el paso de los ganados trashumantes, ya que por el pueblo atraviesa una vía pecuaria (cordel de Cabreros).

Para la construcción del embalse transitaban por el puente camiones de gran tonelaje, maquinaria pesada e infinidad de vehículos produciendo un deterioro considerable en la cimentación y el pretil, quedando muy dañada la estructura.



Puente colgante de Remolina.

Se dijo que construirían un puente nuevo, pero finalizadas las obras todos se olvidaron de la promesa. Como era de suponer, y según un análisis reciente, el puente adolece de las deficiencias propias de los años y de haber soportado más peso que para el que fue construido.

Hace algunos años la CHD (Confederación Hidrográfica del Duero) se comprometió a la realización de un nuevo puente de acceso a Remolina. Hay que hacer constar que en el 2007 la CHD hizo un proyecto de nuevo puente, adjudicando la obra a la empresa ACIS; sin embargo, el proyecto no se ejecutó porque la empresa adjudicataria dio en quiebra y todo acabó relegado al desván de la memoria.

La reivindicación del pueblo de Remolina viene avalada, entre otros motivos, por la prohibición de acceso de personas y vehículos no autorizados por las proximidades de la Central Hidroeléctrica “la Remolina”. Actualmente por este puente no sólo pasan personas, camiones y vehículos particulares, sino también es utilizado a diario por los empleados que trabajan en la central y en el mantenimiento del pantano. Puente cuya situación actual es peligrosa, ya que si se desagua el pantano por rápidos deshielos o crecidas repentinas (precedentes tenemos con la Dana de Valencia), la fuerza del agua que saldría por los aliviaderos derribaría irremediablemente el puente quedando el pueblo sin acceso a la N 621 con los perjuicios que eso acarrearía para todos los vecinos.

El actual Presidente de la Junta Vecinal de Remolina don Miguel Ángel Álvarez Alonso, envió con fecha 21 de septiembre de 2024 un escrito a la presidenta de la CHD doña María Jesús Lafuente Molinero, reclamando que se retomase el proyecto del nuevo puente de acceso que no se ejecutó en su día y que condiciona el desarrollo de la localidad al limitar el acceso de vehículos con carga pesada. Del mismo modo, la demora de la realización del citado proyecto sigue privando a Remolina de un acceso seguro de la N-621 a la carretera del pueblo (ya ha habido algún accidente) y de la tan solicitada parada de la línea de autobuses ALSA.



Una protesta del pueblo de Remolina por el nuevo puente.

Por todo lo expuesto anteriormente, y ante la indiferencia de la CHD, se ha creado una Plataforma que programó una concentración ciudadana (y no será la última si la CHD no cumple su promesa) el 19 de abril con la asistencia de gente de muchos pueblos cercanos, gente buena que entiende el problema y apoya la reivindicación. La justa reclamación de los vecinos de Remolina, pueblo del Ayuntamiento de Crémenes y perteneciente al Parque

Regional Montaña de Riaño y Mampodre, por un puente digno se ha visto difundida por todos los medios digitales, escritos, radiofónicos, televisivos ...

Ahora nos toca seguir luchando por lo que nos parece legítimo. Sabemos que somos un grano en el granero de la CHD, mas no desistiremos en nuestro empeño especialmente cuando nos avala la verdad manifestada en una protesta pacífica fundada en un compromiso incumplido.



Vista desde arriba del puente de Remolina. Foto: Diario de Valderrueda.

EL LUJO DE VIVIR EN EL PUEBLO

Marina Díez Fernández

Hay algo que no encaja, y cada vez resulta más difícil mirar hacia otro lado. En los pueblos de montaña, hoy es más sencillo comprarse un coche

nuevo o una televisión enorme que encontrar una vivienda habitable sin hipotecar el futuro. Vivir –simplemente vivir– se ha convertido en un lujo.

No hablo de idealizar el medio rural ni de vender una postal amable. Hablo de números, de mercado, de hechos. Hablo de casas cerradas durante décadas, de cuadras que se caen, de viviendas que necesitan una reforma integral y que, aun así, se venden a precios que rozan lo absurdo. Hablo de un territorio que dice querer gente, pero no pone las condiciones mínimas para que esa gente pueda quedarse.

Buscar casa en el pueblo se ha convertido en una paradoja constante. Viviendas en ruina con precios similares a los de una casa de nueva construcción. Reformas imposibles que duplican o triplican el coste inicial. Y, como colofón, soluciones provisionales vendidas como si fueran definitivas: caravanas y mobilhomes a precio de piso en ciudad. Algo se ha torcido por el camino.

Casas cerradas, tiempo detenido

En muchos pueblos de montaña hay más casas cerradas que habitadas. Algunas llevan así décadas. No están abandonadas del todo: tienen dueño, herederos, escrituras. Pero tampoco están vivas. Son viviendas suspendidas en una especie de limbo, esperando una decisión que nunca llega.

El deterioro avanza despacio, pero avanza. Un tejado que empieza a filtrar, una viga que cede, una pared que se humedece. Con el tiempo, lo que podría haberse arreglado se vuelve irrecuperable. Y entonces ya no hay vivienda posible, solo ruina.

Nadie cuestiona el derecho a la propiedad. Es legítimo que cada cual decida qué hacer con lo suyo. Pero el resultado colectivo es visible: calles enteras con persianas bajadas, pueblos que parecen resistir solo por



Los problemas de las rehabilitaciones.

inercia, edificios que se convierten en un recordatorio silencioso de lo que no fue.

El problema no es una casa cerrada. El problema es un modelo basado en el aplazamiento indefinido: no se vende, no se alquila, no se rehabilita, pero tampoco se suelta. Y mientras tanto, quienes quieren vivir en el territorio se encuentran con un mercado inexistente o directamente hostil.

Herencias detenidas, decisiones que no llegan

Buena parte de estas casas cerradas tienen una historia común: la herencia compartida. Propiedades repartidas entre varios hermanos, primos o ramas familiares dispersas. Nadie vive allí, pero nadie toma una decisión clara. Vender parece una traición a la memoria; rehabilitar, un gasto excesivo; alquilar, un riesgo.

Así, la casa queda atrapada en un “ya veremos” que puede durar generaciones. El tiempo pasa, el pueblo cambia, la vivienda se degrada. Y lo que fue un hogar termina convirtiéndose en un problema que nadie quiere afrontar.

No se trata de culpabilizar. Se trata de constatar una realidad muy extendida en los valles de montaña: la falta de mecanismos, incentivos o acuerdos que permitan que esas viviendas vuelvan a tener uso. La consecuencia es sencilla de entender: casas hay, pero no viviendas disponibles.

Un mercado que dejó de tener sentido

Cuando algo escasea, se encarece. Esa lógica es conocida. Lo que resulta más difícil de aceptar es que se haya normalizado un mercado completamente desconectado de la realidad del uso.

Casas que necesitan una rehabilitación integral –tejados, estructuras, instalaciones– se ofertan a precios que no contemplan ni el coste ni el esfuerzo posterior. En muchos casos, sale prácticamente igual de caro comprar una ruina que construir una vivienda nueva desde cero.

La diferencia es clara: en una obra nueva sabes a qué atenerte; en una reforma integral, no. Aparecen imprevistos, sobrecostes, limitaciones técnicas. Y aun así, los precios se igualan.

¿Por qué? Porque la vivienda ha dejado de pensarse como lugar para vivir y se ha convertido en un activo inmóvil, sostenido por la expectativa: “algún día valdrá”, “esto siempre tiene salida”, “el pueblo se pondrá de moda”.

Pero el pueblo no vive de expectativas. Vive de personas. Y un mercado que expulsa a quienes quieren quedarse no es un mercado: es una ficción.

Cuando el precio lo marca quien solo viene

Hay otra distorsión que rara vez se dice en voz alta, pero que atraviesa todo el problema de la vivienda rural: **no compiten las mismas necesidades**.

Que haya personas que viven fuera y quieren volver a su tierra, tener una casa familiar, un lugar al que regresar los fines de semana o en verano, es legítimo y comprensible. Forma parte del vínculo con el territorio y de una historia de emigración que marcó a muchas familias. Eso no es el problema.

El problema aparece cuando esa lógica –la de venir– marca el precio de todo.

Cuando alguien puede pagar **300.000 euros por una casa de pueblo con finca** para usarla unos meses al año, ese precio se convierte en referencia. El mercado ya ha tomado nota: *eso es lo que vale vivir aquí*. Da igual que esa vivienda no vaya a sostener una vida cotidiana, ni un invierno entero, ni un proyecto estable. El precio ya está fijado.

Y a partir de ahí, **nadie entiende que una casa “solo” valga 50.000**



Casa rústica en venta.

euros, aunque sea la única opción real para quien quiere quedarse todo el año, trabajar en el valle, hacer vida en el pueblo.

Así, la lógica del veraneo –legítima en lo individual– termina expulsando la lógica de la permanencia. No porque quienes vienen lo hagan mal, sino porque el mercado no distingue usos ni necesidades. Una casa para vivir doce meses compite en el mismo escaparate que una casa pensada para escapadas y vacaciones.

El resultado es perverso: quienes podrían sostener el pueblo todo el año quedan fuera del mercado, mientras crece un modelo de ocupación estacional que no garantiza ni comunidad ni continuidad. Casas habitadas unos meses, pueblos llenos en agosto y vacíos en febrero.

El lenguaje que encarece la vida

A esta distorsión económica se suma otra, más sutil pero igual de eficaz: el lenguaje. Los pisos pequeños ya no son pisos pequeños; ahora son “apartamentos”. Las casas sin condiciones mínimas se presentan como “viviendas con encanto”. La precariedad se disfraza de experiencia.

También aparecen términos importados que prometen modernidad: “tiny house”, “vivienda singular”,

“experiencia rural”. Bajo esas etiquetas se venden espacios mínimos, soluciones temporales o directamente insuficientes a precios desorbitados.

Nombrar no es inocente. El lenguaje construye valor. Y cuando se edulcora la falta de vivienda, lo que se está haciendo es normalizar que vivir con menos estabilidad, menos derechos y menos futuro sea aceptable en el medio rural.

Mobilhomes y caravanas: la falsa solución

En este contexto proliferan las mobilhomes y las caravanas como supuesta respuesta al problema de la vivienda. Se presentan como alternativas rápidas, flexibles, modernas. Pero en realidad consolidan una idea peligrosa: que quien quiere vivir en el pueblo debe conformarse con lo provisional.

No es razonable que una mobilhome se venda a precio de piso urbano. No es razonable que se proponga vivir durante años en una solución pensada para lo temporal. No es razonable que se equipare arraigo con precariedad.

Una vivienda no es solo un techo. Es estabilidad, es continuidad, es posibilidad de proyecto. No se construye comunidad desde la provisionalidad permanente.

El invierno como frontera real

En los pueblos de montaña hay una frontera clara que separa a quienes viven de verdad de quienes solo vienen: el invierno. Cuando nieva, cuando el frío aprieta, cuando las carreteras se complican y los días se acortan, se ve quién puede quedarse.

Para vivir el invierno hace falta algo más que intención. Hace falta una casa en condiciones: calefacción, aislamiento, estructura sólida. Hace falta una vivienda pensada para habitar, no para pasar.

Si no hay casas habitables durante los meses duros, el mensaje es claro aunque no se diga en voz alta: este territorio no está pensado para vivirlo todo el año, sino para consumirse por temporadas.

El derecho a vivir en el territorio

Se ha ido asentando una idea inquietante: que vivir en el pueblo es una elección romántica y que, por tanto, quien la toma debe asumir cualquier condición. Como si el derecho a una vivienda digna dependiera exclusivamente del salario o de la capacidad de endeudamiento.

Pero el territorio también genera valor. Trabajo, economía local, cuidado del paisaje, transmisión cultural. No es un decorado gratuito. Quien vive en él lo sostiene, especialmente cuando no hay turistas ni eventos, cuando la vida es más silenciosa pero más real.

Vivir en el pueblo no debería ser un privilegio reservado a quien puede pagar cualquier precio, sino una posibilidad real para quien quiere quedarse y aportar.

Repoblación sin casas: un discurso vacío

Se habla mucho de repoblación. Se organizan jornadas, se redactan planes, se repiten consignas. Pero sin vivienda no hay repoblación posible.

No basta con decir que se quiere atraer gente. No basta con llenar fines de semana o temporadas altas. Si no hay casas habitables, accesibles y pensadas para vivir, el discurso se queda en palabras.

Un pueblo sin viviendas disponibles no expulsa de golpe: desgasta.



Tener que vivir en caravana por falta de vivienda.

Obliga a marcharse poco a poco, a renunciar, a volver a la ciudad, aunque no se quiera. Y cada persona que se va es una oportunidad menos para que el valle tenga futuro.

¿Postal o comunidad?

La pregunta final no es solo económica, sino ética y colectiva. ¿Qué queremos que sean nuestros pueblos de montaña? ¿Lugares vivos o parques temáticos? ¿Comunidades habitadas o escenarios estacionales?

Que haya casas de verano no es el problema. Que solo puedan existir casas de verano, sí.

Cada casa cerrada es una decisión privada, pero el resultado es público. Cada vivienda inaccesible empuja a alguien a marcharse. Y cada invierno sin gente es un aviso.

Quizá ha llegado el momento de dejar de hablar solo de atraer población y empezar a hablar, en serio, de **permitir vivir**. Porque sin casas no hay pueblos. Y sin pueblos, la montaña se queda muda.



Alojamiento turístico.

SONIDO A MADERA

Daniel Follente

A menudo nos ocurre que, de repente, llega un olor a nosotras y nos evoca algo. Nos transporta a un lugar, a una piel, a un momento, a otra época. Con el sonido me ocurre lo mismo. Suenan los primeros acordes de una canción y recuerdo aquel baile; escucho esa voz entre la multitud y me brota una sonrisa.

Hace unos días, uno de esos que parecen iguales a tantos otros, sentado frente al ordenador, un sonido me activó por dentro. La realidad, a menudo más prosaica de lo que deseáramos, se empeñaba en que aquel sonido tenía su origen en la obra de unos pisos al lado del colegio en el que trabajo y que más concretamente, provenía de dos vigas transportadas por una enorme grúa chocando entre sí. Pero para mí aquel sonido no significaba eso. Mi mano dejó de hacer fuerza en el ratón. Mis ojos, involuntariamente, dejaron de mandar información al cerebro sobre lo que tenían delante. Aquel sonido a madera me transportó lejos de Madrid. Lejos de la rutina. Y todo se activó por dentro.

Ese sonido (no sé si fruto de las ganas o de la ilusión) me pareció exactamente igual al de la bola chocando con el bolo. Y, creedme, pocos sonidos igualan eso.

Pero como escribía al principio, los sonidos no llegan solos. Y este, mucho menos. El sonido a madera, en mí, evoca niñez, familia, raíz, costumbres, nervios, ilusión, juego...

En Las Salas, donde se encuentran mis raíces, los bolos han estado siempre presentes. Ya no es posible encontrar a nadie que recuerde el pueblo sin bolos. Es difícil dar con alguien que no haya tirado un par de bolas alguna vez. Es raro toparse con alguien que no sepa lo que es el michi o una bola cinca.

Cuando de pequeño viajaba a Las Salas, sobre todo cuando lo hacía en verano, pasaba todo el viaje imaginando lo que allí me esperaba. Parte de aquel cuento que fabricaba en mi



cabeza estaba basado en mis experiencias anteriores. Parte, en mis deseos de niñez. Y la inmensa mayoría de aquellas ensoñaciones tenían que ver con aquel chaval delgado y gafotas que era, consiguiendo un ahorcado imposible que servía para ganar la partida de los mayores.

El pueblo estaba repleto de actividades para mí. Todas geniales. Era como un parque temático cuyo tema era yo. El río, el fútbol, la libertad de campar a tus anchas, jugar de noche entre el miedo y la alegría. Pero para mí, la mejor actividad de todas eran los bolos. Ese juego tan diferente a todo lo que se ve en la ciudad de la que venía me volvía loco. Y no era el único. Me gustaba el juego en sí, claro está, pero encontraba algo especial en el poder de atracción que tenía sobre las personas mayores que se encontraban en el pueblo. Tanto los que llegábamos de fuera, como los que allí vivían. Los bolos eran el centro, obvio. Pero lo que importaba realmente era la bolera. Era la comunión. El ágora en el que se convertía en esas dos horas que duraban las partidas. Partidas que eran seguidas y jaleadas, a

veces, ignoradas por completo y transformadas en pretexto para el encuentro, otras muchas.

Veía como disfrutaba mi madre, de padre y madre de Las Salas, encontrándose allí con gente con la que no se encontraba en todo el año. El recuerdo de su risa, el más nítido que me queda de ella sin ver una foto, se localiza muchas veces en aquella bolera. Veía como jugaba mi padre, un foráneo al que la bolera ayudó, sin lugar a dudas, a socializar con el resto del pueblo. Veía cómo mi abuelo, ese señor mayor al que no le suponía ninguna actividad física más allá del pintado de valla y el torniscón en cabeza de nieto, lanzaba aquella bola desde la última mano y la dejaba en el castro con el ducados colgando del labio y sin darse la más mínima importancia. Como cuando me quitaba la cucaña.

Aquello era para mí, en aquel momento, el verano. Luego fui creciendo y entendí que era mucho más.

La bolera escondía detrás de su aspecto de juego una liturgia propia en relación a la edad y, sobre todo, al género.

Al inicio del artículo, recordaba mis ensoñaciones de viajero infante y mis fantasías con conseguir un ahorcado nada más poner un pie en tierras de León en la partida de los mayores. Y como dijo el poeta, los sueños, sueños son.

Sabía que eso era imposible, no por mi falta de pericia (que también) sino porque los rapaces se retiraban de la bolera en cuanto cuatro mayores cruzaban el reguero o aparecían por la tenada de Marcos desde allá alante.

Y es que la bolera tenía sus normas. No estaban escritas. Peor aún. Eran normas de esas que te explicaban una vez y solo te las repetían con una de esas miradas que helaban la sangre al más valiente. Otros tiempos.

Los rapaces y las rapazas podíamos jugar a los bolos. Claro que sí. Pero cuando no estuvieran allí los mayores. En ese caso, podías rogar que te dejaran pinar. Si tenías la suerte de que la respuesta fuera sí, te pasabas dos horas doblando el lomo como sirviente agradecido de un par de cuadrillas de adultos que ni te miraban, ni te agradecían. Esa falta de salario emocional la suplías al percartarte de las miradas de envidia que suscitaba tu cargo entre la chavalería de tu quinta. Y te sentías el chico más afortunado de la tierra.

Pero como decía antes, rapaces y rapazas también disfrutaban del placer de lanzar una bola al castro. No había límites. Cuando quisiéramos. Siempre que nos apeteciera excepto: durante la siesta, cuando fuera de noche, cuando jugaran los mayores... En resumidas cuentas, sólo nos quedaba jugar a las 12:00 del mediodía. Si bien el calentamiento global no estaba en los telediarios aún, la temperatura media en julio a esas horas rondaría los 30 grados que, al sol, 60 son. ¿Problema? Ninguno. ¡Menudas partidas! Emulábamos a nuestros mayores. Y no solo en las mañan que poníamos. También en comentarios, en la colocación del michi... Solo nos faltaba coleccionar sus cromos. Y si aparecía alguno por allí y se paraba, aunque fueran cinco minutos, se nos hinchaba el pecho como a gallos.

Fui creciendo y entendiendo cómo funcionaba aquel ecosistema. Sabía que la presencia adolescente



constante en la bolera, a veces tenía recompensa. Sabía que a veces faltaba uno para completar la partida y que, si estaba allí, a alguien se le podría ocurrir que el nieto de Daniel ya era mozo para jugar. Pero para ello había que estar allí. Y estaba siempre. Vaya que si estaba.

El sonido a madera que llegaba a los prados del otro lado del río, era señal de que la faena de la hierba había terminado por ese día y se habían sa-

cado los bolos y alguien estaba tirando un par de bolinas antes de empezar. No hacía falta campanas. No había alarmas en el móvil. Solo ese sonido que hacía que abandonáramos el partido de futbito, agarrásemos la bicicleta y, como alma que lleva el diablo, cruzáramos el puente y llegásemos a la bolera en menos que canta un gallo (se cuenta que alguna vez un rapaz adelantó al coche de línea haciendo ese trayecto).



Una vez en la bolera, cara de cor-
dero degollado, sentadito en silencio
y sin retirar la mirada del adulto al
mando de la partida. Contábamos a
los participantes y nos decíamos por
lo bajini “les falta uno”. ¿Habéis vis-
to los programas esos de la televisión
en los que un jurado mira con desgana
a un pobre diablo que canta (a veces
bien)? Pues esa era la escena. Si eras
el elegido, el verano cobraba un nue-
vo sentido. Si no, siempre te quedaba
preguntar desde la frustración: ¿Puedo
pinar?

Poco a poco, el tiempo iba ha-
ciendo su trabajo y se iba contando
contigo. Si eras hombre, claro.

Porque como veis, casi todo lo
anterior está escrito en masculino. Y
es que, como ya os imagináis, las mu-
jeres no eran consideradas jugadoras a
ningún efecto. La bolera no deja de ser
un centro de encuentro. Un lugar en
el que el pueblo se juntaba para jugar,
para ver cómo jugaban otros, o para
compartir tiempo con los y las paisa-
nas. Por ello, no podía dejar de ser re-
flejo de la sociedad que le tocaba vivir.

No creo que haga falta decir que
no fueron mi abuela y sus coetáneas
las que pusieron pie en pared con el
tema y se remangaron la falda para co-
ger una bola y reclamar su espacio en-
tre la mano y el castro. No estaban las
pobres para eso. Bastante tenían con ir
conquistando otras cosas.

Como en todos los ámbitos de las
conquistas, en cada parte fueron de
una manera, a un ritmo y en un mo-
mento diferente.

En Las Salas, recuerdo como em-
pezó a romper el hielo Ana, que se
atreve a mezclarse con aquellos pai-
sanos y darles con castros en las na-
rices. Sin duda animó a otras muchas
que no se decidieron a dar el paso por
prudencia, presión o vete tú a saber
qué otra desgracia social. Pero el hielo
se rompió, vaya si se rompió.

Se comenzaron a celebrar par-
tidas femeninas en la bolera de las
salas en los 90. Solteras contra casa-
das, al principio, partidas casuales y
constantes, después. Pero el primer
hito innegable fue la presencia de una
partida femenina de Las Salas en el
torneo comarcal de Riaño. En Quin-
tanilla.



Fue en el año 2006 cuando cua-
tro mujeres con raíces en Las Salas
rompieron una barrera que aún hoy
parece de cuento. Me voy a permi-
tir la licencia de nombrarlas porque,
aunque sus nombres no digan mu-
cho para la mayoría de las personas
que estáis leyendo este artículo, creo
que es de justicia. Aquellas valien-
tes fueron Herminia, Bea, Paquita y
Ana. Y, aunque, el resultado no es lo
importante de aquel día, cabe desta-
car que fueron apeadas por la partida
finalista de aquella edición del tor-
neo. Aquellos cuatro hombres, tu-
vieron que recurrir a poner la mano
larga porque se vieron perdiendo
algún juego ante el pulso exquisito
de nuestras cuatro representantes de
Las Salas.

El segundo hito de la ruptura del
machismo bolístico, aunque menos
efectista, lo considero más definitivo.
Y es que, tras aquello, poco a poco la
presencia de mujeres en la bolera no
solo viendo, sino jugando, fue siendo
cada vez más normal.

No es raro ver partidas mixtas en
horario de máxima audiencia en la
bolera de Las Salas. Esa normaliza-
ción significa, a mi juicio, el destierro
total de una manera de entender las
cosas que deberíamos haber alejado,
no solo de las boleras, mucho tiempo
antes.

En definitiva, a todas, gracias.

Si habéis llegado hasta aquí, pen-
saréis que la bolera es un lugar mís-
tico, casi de culto. Pues sí, estáis en
lo cierto. Pero también es una excu-
sa perfecta para tomarse una o siete
cañas mientras o tras el juego. Como
decía al principio, la ubicación de bo-
lera en los pueblos no suele ser casua-
lidad. Iglesia y bar suelen flanquearla
y no por azar. Entrar al bar a comentar
las jugadas, echar leña al fuego de las
polémicas o reírte (un poco más) de
aquella calleja imposible de tu amigo
de la infancia, no tiene precio. Y ayu-
da a la economía local de una manera
incalculable.

Ya suena el timbre de la escuela y
salgo de mis ensoñaciones de verano
y bolos. Vuelvo a la realidad, pero con
el corazón más calentito que antes.
Con mil imágenes que me alegran la
mañana. Alguna de ellas de un valor
infinito. Y todas, gracias a los bolos, a
la bolera. Al sonido a madera:

Mi pueblo reunido en asamblea
en torno al juego de los bolos. Risas en
el bar de Marta. Un concurso infantil.
Un forastero leyendo el libro de nor-
mas de los bolos de Las Salas de José
Ignacio. Mi hijo pidiéndome sacar los
bolos. Mi pareja, que solo tiene Mós-
toles como pueblo, tirando como una
profesional. La risa de mi madre. Mi
cucaña en la mano de mi abuelo. La
final de Quintanilla de mi padre. “Mi”
pueblo. Mi infancia. Yo.

“YO MATÉ SIETE OSOS”

Enrique Martínez Pérez

De vez en cuando te sorprende Facebook y encuentras algo que resulta histórico para nuestra comarca. Aurelio Fernández, natural de Éscaro, le cuenta al periodista

J. Méndez, de Poo de Llanes, Asturias, sus encuentros con los osos. El artículo no tiene desperdicio. Reproducimos el artículo íntegro, tal como se publicó, allá por los años 90.

“Poo de Llanes. Aurelio Fernández, un leonés nacido hace 72 años en el pueblo de Éscaro, ostenta la gloria de haber derribado con su escopeta siete osos —seis machos y una hembra— en los montes de Riaño. Este hombre, de anchas espaldas, mirada afilada y boina perpetua, ha perdido su pasado entre las aguas que anegaron el valle de Riaño, pero conserva en sus piernas y nalgas el recuerdo indeleble de los dientes de una osa. “Estoy aquí de milagro”, dice como presentación.

“Aquello —y aquello es el momento cumbre de su vida— debió pasar hacia 1945. Después de una nevada, salimos mi hermano y yo a seguir el rastro del oso hasta que encontramos huellas de una osa y del esbardo (osezno). Al cabo de un rato, los vimos acostados entre unas matas de acebos. Me adelanté y, cuando les tuve a unos diez metros, le tiré donde yo creí que estaba la cabeza. La osa se levantó y vino hacia mí. Le pegué el segundo tiro a la cabeza y volví a cargar el arma. Creí que la había matado. Pero ¡qué va! Ella se pinó (se puso de manos) y se me echó encima de repente. Del primer mordisco arrancó el guardamanos de la escopeta y a mí, me tiró de espaldas. La osa se me sentó encima y empezó a tirarme dentelladas a las piernas y a los brazos. No me dolía —recuerda nervioso y con un punto de emoción— pero era como si me metieran la carne en una prensa. La osa sangraba mucho por las narices y echaba unas babas blancas. No se como pude amarrar la escopeta y apoyarle los caños en el pecho. Creí que el arma iba a reventar ¡Dios bendito! La osa se quedó seca, tripa arriba. Pero, a poco más no lo cuento, y eso que mi primer oso lo maté con 19 años.



Aurelio Fernández, cazador herido por osos.

J. Méndez
ENVIADO ESPECIAL

POO DE LLANES. Aurelio Fernández, un leonés nacido hace 72 años en el pueblo de Éscaro, ostenta la gloria de haber derribado con su escopeta siete osos —seis machos y una hembra— en los montes de Riaño. Este hombre, de anchas espaldas, mirada afilada y boina perpetua, ha perdido su pasado entre las aguas que anegaron el valle de Riaño pero conserva en sus piernas y nalgas el recuerdo indeleble de los dientes de una osa. «Estoy aquí de milagro», dice como presentación.

«Aquello —y aquello es el momento cumbre de su vida— debió pasar hacia 1945. Después de una nevada, salimos mi hermano y yo a seguir el rastro del oso hasta que encontramos huellas de una osa y del esbardo (osezno). Al cabo de un rato, los vimos acostados entre unas matas de acebos. Me adelanté y, cuando les tuve a unos diez metros, le tiré donde yo creí que estaba la cabeza. La osa se levantó y vino hacia mí. Le pegué el segundo tiro a la cabeza y volví a cargar el arma. Creí que la había matado. Pero ¡qué va! Ella se pinó (se puso de manos) y se me echó encima de repente. Del primer mordisco arrancó el guardamanos de la escopeta y, a mí, me tiró de espaldas. La osa se me sentó encima

«Yo maté siete osos»

y empezó a tirarme dentelladas a las piernas y a los brazos. No me dolía —recuerda, nervioso y con un punto de emoción— pero era como si me metieran la carne en una prensa. La osa sangraba mucho por las narices y echaba unas babas blancas. No sé cómo pude amarrar la escopeta y apoyarle los caños en el pecho. Creí que el arma iba a reventar. ¡Dios bendito! La osa se quedó seca, tripa arriba. Pero a poco más no lo cuento, y eso que mi primer oso lo maté con 19 años.

Los osos de Franco

Junto al susto y a las heridas, la aventura le costó a Aurelio Fernández tres días de cárcel. «Es que entonces Franco venía a la zona a cazar el oso y a alguien le debía fastidiar que le quitáramos la posibilidad de cazar uno. Me pusieron una multa de 25 pesetas. Lo cierto es que Franco no tuvo la suerte de poder tirar nunca al oso. Es que iba con guardas de Riaño, no de Éscaro...», se dice. Aurelio asegura que, además de por afición, «eran pocos los que nos atrevíamos a salir a por el oso», los paisanos de León cazaban, sobre todo, por dinero. Una piel, con garras, cabeza y manos, se cotizaba entonces a 500 pesetas. Y la grasa de oso nos la compraban las farmacias para hacer medicamentos para la artrosis y el reuma. Alguna vez aprovechábamos la carne para hacer chorizos o se preparaba cecina con las patas. Pero daba recelo comer aquello. Es que un oso desollado parece una persona; las mismas formas de los dedos, las rodillas, los codos. Daba apuro comerse aquello.

ne para hacer una con la res que...
«No me a...
se con por...
animal nada...
daciones por...
con la res q...
como una r...
monte con u...
cosa de los c...
dentro, «plan...
segura el ca...
Los siete...
quedan lejos...
mos de siglo...
Xuanón el d...
con que acat...
de ellos a cu...
ero que dign...
das en oren...
tomeña que...
fingir los car...
pasamos de...
el cuerpo de...
su compañer...
flore al anim...
lo, jalonan l...
la cornisa ca...
niza.

Los osos de Franco

Junto al susto y a las heridas, la aventura le costó a Aurelio Fernández tres días de cárcel. “Es que entonces Franco venía a la zona a cazar el oso y a alguien le debía fastidiar que le quitáramos la posibilidad de cazar uno. Me pusieron una multa de 25 pesetas. Lo cierto es que Franco no tuvo la suerte de poder tirar nunca al oso. Es que iba con guardas de Riaño, no de Éscaro...” se ríe. Aurelio asegura que, además de por afición, éramos pocos los que nos atrevíamos a salir a por el oso. Los paisanos de León cazaban, sobre todo, por dinero. Una piel con garras, cabeza y manos, se cotizaba entonces a 500 pesetas. Y la grasa de oso nos la compraban las farmacias para hacer medicamentos para la artrosis y el reuma. Alguna vez aprovechábamos la carne para hacer chorizos o se preparaba cecina con las patas. Pero daba recelo comer aquello. Es que un oso desollado parece una persona; las mismas formas de los dedos, las rodillas, los codos. Daba apuro comerse aquello.”

“No me arrepiento de haber matado siete osos porque entonces se podía. Es un animal noble que alegra el monte y es poco dañino porque no es egoísta; se conforma con la res que mata. Cazarlo entonces era como una valentía. Cuando volvíamos del monte con uno, se ponía en la plaza o en casa de los cazadores, con una estaca por dentro, “plantao”. Era como un orgullo”, asegura el cazador.

Los siete osos de Aurelio Fernández quedan lejos del hito marcado, a principios de siglo, por un hombrón asturiano: Xuanón el de Cabañaquinta, de quien dicen que acabó con 92 ejemplares, algunos de ellos a cuchillo. Las historias de cazadores que disparan contra matas transformadas en osos, de vecinos de la montaña leonesa que se azotaban las carnes para fingir los zarpazos del plantigrado o la del paisano de Sajambre que, aprisionado bajo el cuerpo de un oso moribundo, advirtió a su compañero de montería que no acuchillase al animal para no estropearle el pellejo, jalonan los mismos valles y pueblos de la cornisa cantábrica donde hoy el oso agoniza.”